

XI

Las locuras de una butaca de orquesta.

Cuando Lucía volvió á su casa, tuvo gran sorpresa al no encontrar en ella ni una palabra de Gontrán. Esperaba que la cólera ó el amor le habrían hecho escribir.

Se consoló algo al leer esta carta del conde polaco:

«Hermosa mía:

»Heme clayado en la cama por haberla amado á usted durante una hora. ¿No me serán concedidos cinco minutos de consuelo?

»Nunca tan lindos pies como los de usted habrían subido la escalera del hotel de Lille y de Albión.»

—No iré,—dijo Lucía.

Y, cambiando de resolución,

—¿Por qué no he de ir, puesto que Gontrán no ha venido?

Pero, aquel día, estuvo por completo entregada á su papel y á ese amante anónimo que se llama el Público, que es también el más serio de los amantes de las comediantas, puesto que á él es al que sacrifican todos los otros, aun cuando se trate de comediantas de la talla de Lucía.

Aunque ésta no se dejara nunca asaltar por las emociones procedentes del corazón, aquel día se encontraba sobreexcitada; cuando salió á escena, encontrósela más hermosa que de costumbre. Parecía que la pasión ani-

maba su rostro. Los otros días, cantaba como una muñeca; entonces lo hizo con más desenvoltura; no era aquello ni alma, ni pasión, ni genio; pero era el acalamiento de la fiebre. Los críticos de la orquesta y del balconcillo comenzaron á decirse unos á otros:

—Ahí tiene que haber algo.

—Es el duelo,—dijo de pronto uno de ellos.

—¡El duelo!—exclamó un filósofo de bastidores.—No la conocéis; lo que ella ama no es el amante que ha tenido, sino el amor que no tendrá.

En la orquesta, una butaca siempre ocupada, hasta cuando no había casi nadie en el salón, tendió vanamente los brazos durante el primer acto á su espectador ausente; lo que hacía decir á Lucía:

—No viene.

La obra maestra en que trabajaba tenía dos actos; durante el entreacto, cuando se hubo puesto su segundo traje, fué á mirar por el agujero del telón.

—No viene,—dijo de nuevo.

Mas, en el segundo acto, cuando salió á escena, el espectador estaba allí. Sus miradas se encontraron.

Sí, el infortunado Gontrán había ido con su brazo en cabestrillo, con su corazón lleno de pena, con el cerebro lleno de indignación, no contra ella, sino contra sí mismo.

Después de cenar, so pretexto de fumar un cigarro, había salido de casa. Sin querer, habíase apartado del bulevar por la calle de Choisseul; como hacía frío, había entrado en el pasaje. ¿Por qué no pasarse allí como en otro sitio? Había visto entrar y salir á los espectadores de los Bufos. Había mirado á pesar suyo el cartel. Veinte veces se había dicho:

—Ahora está en escena; se viste; se desnuda; se pone colorete; insulta á su doncella y á su peluquero;

prueba la voz; está en los bastidores con todas las lengua de hacha.

Y pasaba y volvía á pasar.

Después del primer acto, escuchó las conversaciones de los que salían para respirar durante el entre-acto.

—Es un triunfo para Lucía.

—No se la llamará más que Friné.

—¿Sabes que Lucía ha cantado realmente?

—Querrás decir que es realmente linda.

—No; quiero decir que esa pícara es capaz de todo, hasta de crearse un día cincuenta mil francos de renta con su voz.

—¿Luego estás enamorado de ella?

—Me gustaría saber quién no está enamorado de Lucía.

Completamente fuera de sí, Gontrán entró en los Bufos-Parisienses.

Tenía casi el aspecto de un demente; pasó junto á sus amigos sin reconocer á ninguno de ellos. El acto empezaba; se precipitó á su butaca de orquesta.

Únicamente los que han amado en el teatro saben cómo su querida transfigúrase en escena; el hombre que ama á una actriz ama á dos mujeres. La comedianta, fuera de su teatro, es como el ave que huye; en las tablas, es el ave que revolotea y canta. El sol de la rampa acentúa y dulcifica la belleza de las mujeres; da á su rostro el vivo resplandor corregiano y la hermosa sombra prudhomesca. Los astrólogos y los soñadores presentan planetas de una temperatura más ardiente, en la que la noche y el sueño no tendrán ya acción; el teatro es ya esa estrella esperada, el corazón late en él más pronto, allí se vive doble; las pasiones se acaloran, se entorchocan, se quiebran; el bastidor es un

país de hadas en que los más razonables experimentan el vértigo.

Cuando Gontrán vió aparecer, en todo el esplendor de sus veinte años, en todo el brillo de su triunfo, á la comedianta, vestida de archiduquesa del Olimpo, es decir, casi desnuda, volvió á caer en su locura y se dijo que allí estaba la vida. Como los bebedores que hacen abstinencia y vuelven á mojar los labios en la copa, no tuvo fuerzas para resistir á la embriaguez y se arrojó por sí mismo en su mortal amor. Verdad es que Lucía acabó de cogerle con una de aquellas miradas incendiarias que hacían arder los cuatro extremos del salón.

Juzgó, por otra parte, que era aquello suficiente; y, en una entrada de dos minutos, pidió lápiz y papel para escribir estas palabras:

«Al caballero Gontrán Staller.

»Butaca de orquesta n.º 22.

»¡Cuán feliz soy viéndote la noche de mi triunfo! Tu brazo en cabestrillo me llega al corazón. ¡Ven, ven, ven! Te daré mis dos brazos.

»Tu LUCÍA.»

Aquello era cosa hecha. Cinco minutos después, Gontrán volvía de nuevo á aquellos infernales bastidores en que creyera encontrar el paraíso.

La archiduquesa del Olimpo le abrazó con violencia.

—¡Ah! ¡Eres tú! ¡Qué contenta estoy! Hace un siglo que no te he visto.

Aunque entregada por completo á aquella expansión, Lucía no pudo menos de sonreír al ver que había manchado de blanco á su adorado. Le tiró su pañuelo al rostro.

—¡Toma, Sultán! Límpiate. Pero, después de todo, ésas son las pruebas de amor del teatro. Espérame; no

hago más que atravesar la escena: pasa al otro bastidor.

Gontrán besaba el pañuelo, dichoso al volver á encontrar aquel querido perfume que le turbaba el cerebro tanto tiempo hacía.

Estaba en el lado del patio, volvió á encontrar á Lucía en el lado del jardín. Allí, vióse precisado á co-dearse con algunos adoradores que la esperaban. No se creía que el amante oficial fuera aquella noche. Mas, cuando se la vió hablarle con una unción desconocida, dejóse el campo libre.

La comediante decía «mi Gontrán», como la señora Dorval decía «mi Didier», como la señora Stolz decía «mi Fernando».

Lucía volvió á salir á escena para el desenlace.

Fué aquello una lluvia de ramilletes; las lilas blancas cayeron á sus pies cual copos de nieve. Sacó un brazado de ellas, convencida de que debía aquélló al amor y al arte, y no al arte del amor. Fué llamada otra vez. Gontrán la miró cuando reapareció ante el público, oprimiendo con la voluptuosidad de la dicha las blancas flores.

—¡Ah!—dijo.—¡Si mi amigo Marchal pudiera pintarla así!

Ocurría esto en la época en que Carlos Marchal, que se había «enalsaciado» en su amor por las sabrosas jóvenes plantadas en plena naturaleza, quería demostrar á los pedantes, que haría tan bien como ellos, «sus clásicos». Probó maliciosamente que la mujer es siempre la misma en todos los siglos, cualquiera que sea su ropa. He aquí por qué pintó sus dos pequeñas obras maestras *Penélope* y *Friné*. Conocía muy bien á Lucía. La había visto en su gabinete de tocador á la hora en que se arreglaba las uñas, el pelo, los ojos y los lunares. Fué aquél un modelo que ni buscado para su Friné.

Después de su triunfo, Lucía llevó á Gontrán á su cuarto; caminaba él deslumbrado, como en un sueño, hasta sin presentir que se vería obligado á despertar nuevamente.

Llamaron á la puerta de su cuarto; pero Lucía, siempre tan accesible, fué despiadada para todo el que quiso verla.

Aquella noche, Gontrán era su amante.

Se marcharon á pie, cogidos del brazo, como los estudiantes y las grisetas.

Ni una palabra que no fuese la expresión de la dicha. Pero, cuando se llegó á la calle de Helder, Lucía dijo, suspirando:

—¿No es ésta una calle pasada de moda para una mujer como yo?

—Tú la volverás á hacer de moda. Dentro de cien años, cuando se eche á tierra la casa, se dirá: «Ahí vivió la señorita Lucía».

Llegaron ante el edificio.

—¡Dentro de cien años! ¡Pero si la casa ésta es ya una ruina! Mira esa fachada.

—Sí, sería menester ponerle unos pocos polvos de arroz. Pero ¿qué importa eso? La dicha no se alberga en los palacios.

—Sí, pero te confieso que siempre que vuelvo á casa me siento triste. En vano adorno mi nido; veo perfectamente que el árbol está despojado; esta casa pertenece á las lechuzas.

—Vaya, no entristezcamos tus ramilletes.

En aquel instante, el coche, que les seguía con la doncella, se detuvo delante de la puerta.

Subieron, Lucía cantó su pasaje principal en la escalera para despertar á los vecinos, pues quería que su triunfo hiciera felices á todos.

—Calla, querida, si no quieres que te echen de la casa.

—Por eso canto; no me resigno á vivir aquí; ¡quiero habitar en los Campos Eliseos, como la Patti; quiero tener un hotel propio, como la Barucci!

—Bien está; no-se hable más de eso: se te dará un hotel en los Campos Eliseos.

—¡Oh, sí! ¿No es verdad? Mira, es menester que la dicha esté bien vestida y bien albergada. La dicha sin diamantes, resulta triste.

Estos diamantes vertieron agua sobre el fuego.

—¡Ah! Muy bien; pero no seré yo quien me encargue de ir á las Indias para echar piedras en tu jardín. ¡Si supieras, por otra parte, lo inmerecidamente que se llevan los diamantes!

—Es demasiado perverso lo que me dices, querido. No te molestes; me bastará hacer un llamamiento á todos mis accionistas. Los hay que no temerán ir á las Indias; los hay que tienen cuenta abierta en casa de Moiana; los hay que arrancarían las estrellas al cielo para dármelas, querido.

Naturalmente, después de aquel triunfo, la señorita Lucía pasaba por un sueño de *Las Mil y una Noches*. Gontrán estaba tan pronto bajo el encanto como bajo el imperio del horror; la joven rodeábale de rosas; pero él veía tras de ellas el abismo.

La belleza de la señorita Lucía era muy discutida y muy discutible. Vista de frente y de perfil, no podía negársele ni la gracia del óvalo ni la armonía de líneas. Se echaba de ver que la barba era demasiado acentuada; pero ella no olvidaba recordar á este respecto que aquélla era una de las cualidades de belleza en la antigüedad; y para probarlo mostraba medallas y camafeos. Y en esto se basaba para burlarse de las mujeres de



barba fugitiva. Por desgracia para ella, vista de tres cuartos, perdía mucho, porque tenía las mejillas algo salientes y arqueadas. La barba, que daba carácter al perfil, marcábase demasiado de tres cuartos. Así es que Lucía escogía bien su postura cuando se hacía pintar ó fotografiar; huía también de mostrarse de tres cuartos cuando presumía delante de un adorador á quien trataba de convencer. Sabía, por otra parte, dar á su rostro un aire encantador por la gracia felina de la sonrisa, sonrisa de los ojos, sonrisa de los dientes. Aunque fuese morena, se alababa de tener ojos azules, pero de un azul marino; si enseñaba los dientes, era porque la boca entreabierta sentábale bien, porque sus dientes no eran entonces de un orden perfecto: los caninos salían algo de las hileras como más glotones que los otros. Así es que, cuando Lucía decía riendo, en sus travesuras íntimas: «Descuide usted, no le daré más que un bocado», se miraban sus dientes caninos con una vaga inquietud.

Pero Lucía tenía además todas las seducciones de la verdadera parisiense, que se burlan de todas las críticas: seducciones arrebatadoras, seducciones hijas del espíritu, seducciones inesperadas. La comedianta nunca había sido sorprendida sin su colorete. Vestida, era irresistible; y más irresistible todavía con su peinador. Era la mujer de las ondulaciones y de los serpeos, excepto en sus horas de cólera, en las cuales estallaba como la tormenta. Pero tenía el juego de las lágrimas para hacerse perdonar—¡qué digo!—para perdonar.